



La cultura del trabajo como frontera del odio: el caso de los votantes de clase media de Cambiemos¹

*Labour culture as a frontier of hate: the case of the middle class voters of
Cambiemos*

Piccini, Francisco

Universidad de Buenos Aires (UBA)

panchopiccini@gmail.com

Forma de citar este artículo:

Piccini, F. (2019). "La cultura del trabajo como frontera del odio: el caso de los votantes de clase media de Cambiemos", *RAEIC, Revista de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación*, vol. 6, núm. 12, 208-229.

Resumen:

Este artículo es un primer avance de investigación la tesis de grado "Hacia un abordaje de los "tontos electores" de las *nuevas derechas*: Cambiemos y el problema de la subjetividad". En esta ocasión, desarrollaremos un cruce interdisciplinar entre sociología, antropología y análisis del discurso, con el objetivo de indagar el modo en que la *cultura del esfuerzo* opera como una frontera del odio en los votantes de Cambiemos. En primer lugar, desde la teoría de Pierre Bourdieu haremos una doble lectura de la *cultura del trabajo* como un capital simbólico: un estatus que comporta, a

¹ Este artículo es parte de un avance de investigación de una tesis de grado de la Carrera de Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, en la que se trabaja sobre la adhesión política de los electores de clase media a Cambiemos

su vez, un principio de visión y división que organiza el sentido social para estos electores. En segundo lugar, veremos cómo sobre ese principio se despliega una frontera de exclusión/inclusión sostenida por un específico régimen de justificación, en términos de Luc Boltansky. En las conclusiones, plantearemos la posibilidad de continuar con un abordaje psicoanalítico estos problemas.

Palabras clave: cultura del trabajo, capital simbólico, fronteras, justificación, odio.

Abstract:

The present article is the first advance of the bachelor's thesis "To an approach of the "dumb electors" of the *new lefts*: Cambiemos and the problem of subjectivity". This time, we develop an interdisciplinary view with the aim to inquire about how the *culture of effort* works as a hate boundary in Cambiemos' voters. Firstly, we use Pierre Bourdieu's category of symbolic capital through a double lecture: (1) as a status that reports, at the same time, a principle of vision and division that organizes social meaning to these voters. Secondly, we describe how an inclusion/exclusion boundaries is sustained by a specific regime of justification, in terms of Luc Boltansky. In the conclusions, we propose the possibility of continuing with a psychoanalytic approach these problems.

Keywords: culture of effort, symbolic capital, boundaries, justification, hate.

1. INTRODUCCIÓN

Tanto en los países centrales como periféricos de Europa y América, los analistas políticos en particular y la ciencia social en general han comenzado a problematizar la circulación del odio en los electorados apañados por los *populismos de derecha*, tal como los llama Chantal Mouffe (Abrevaya, 2018, 25 de noviembre), o *nuevas derechas*, terminología con mayor pregnancia en Argentina (Vommaro y Morresi, 2015; Natanson, 2014). En efecto, al mismo tiempo que estos partidos *sui generis* del siglo XXI ganaban elecciones, un sentimiento autoritario se expandió por los ciudadanos que simpatizan con estos partidos. En el caso de Argentina, donde Cambiemos le ganó la presidencia al

kirchnerismo oficialista en 2015, este giro reaccionario de odio también se hizo presente. El caso es especialmente interesante pues esta *nueva derecha* argentina impulsó durante su campaña política y su comunicación de gobierno discursos referidos al diálogo y el respeto junto al lema “unir a todos los argentinos”. No obstante, en nuestra investigación hallamos modos de adhesión ciudadana al partido que, en contradicción con esos valores públicamente asumidos, se organizan a partir de sentimientos de odio y menosprecio. Si bien no cuenta con los grados de violencia espectacular que tienen otras *nuevas derechas*², sea como odio a los manifestantes “que viven del Estado”, a los negros que “tienen que agarrar la pala” o los peronistas que “merecen desaparecer”³, parecería que estos sentimientos juegan un papel importante en la organización de sus adhesiones políticas.

En esta línea, nos interesa especialmente el caso de lo que llamamos *cultura del trabajo* en los votantes de clase media Cambiemos. Realizamos esta elección en base a que este discurso tuvo amplia circulación pública, tanto durante la campaña presidencial, en ejercicio de gobierno como en distintas publicidades comerciales. Los votantes de clase media, en sintonía con esa circulación pública, organizan, en parte, su adhesión política a partir de un conjunto de valores como el esfuerzo, la dignidad, el sacrificio y el mérito⁴. Sin embargo, lo interesante es que, del mismo modo que apuntamos en el párrafo anterior, este grupo social utilizó ese conjunto de valores como argumentos al servicio de justificar conductas de odio y estigmatización, aspecto que se encontraba ausente del discurso oficial.

Partiendo de la idea de que aquello que se enuncia en los discursos sociales del orden de lo público no tiene una influencia directa o mecánica sobre su recepción, en línea con nuestra perspectiva interdisciplinar, en este artículo desplegaremos una lectura desde la sociología, la antropología y el análisis del discurso que nos ayudará a observar el

² Como, por ejemplo, la que existe actualmente en el Brasil de Jair Bolsonaro (Viotti, 2018).

³ Todos ejemplos extraídos de una de las marchas de apoyo al gobierno de Cambiemos. Ver en *YouTube* canal *Nicolás Lichtmaier* (1/04/2017) y *Primereando TV* (3/04/2017).

⁴ Nos referimos al polémico spot de la marca de automóviles Chevrolet y su spot publicitario titulado “Meritócratas”, de amplia rotación televisiva en su momento (V.V.A.A., 2018, 11 de julio).

modo en que se constituyen los grupos al interior de una lucha política. Por lo tanto, un abordaje que atienda a las condiciones de recepción de los discursos, nos permitirá pensar de qué manera un discurso es reproducido, reelaborado y/o transformado cuando nos corremos de la “alta” política y prestamos atención a las formas cotidianas y anodinas en que se expresa una adhesión. En términos de nuestro caso de estudio, tenemos como hipótesis que por debajo de los discursos que promueve Cambiemos corre un universo de conductas subterráneas de odio y menosprecio por parte de sus votantes, que pueden no ser públicamente declaradas o valoradas pero aún así se encuentran motorizando y organizando la adhesión a esos discursos y fundando, de este modo, un compromiso político.

Esta hipótesis será abordada desde la doble lectura que Pierre Bourdieu ofrece de la teoría del capital simbólico: en tanto forma del reconocimiento y acumulación de reconocimiento pero también como principio percepción y apreciación que forma y conforma el mundo social a partir del reconocimiento (1982, 1985, 2013). Con esta herramienta nos preguntaremos de qué modo un capital simbólico puede funcionar como una forma del reconocimiento con el cual el grupo construye una imagen ante sí y ante otros. Luego veremos cómo esta imagen ante sí y ante otros comporta un principio o esquema de percepción legítimo que clasifica, divide, enclaustra y, en definitiva, ordena la realidad social, en general, y los grupos en conflicto al interior de una lucha política, en particular. A medida que desarrollemos esta lectura, veremos cómo sobre estos principios de percepción y clasificación se despliega un determinado régimen de justificación⁵, en términos de Luc Boltansky (2017). Estos regímenes de justificación tendrán por objetivo en este trabajo aprehender el trabajo de un orden legítimo que reposa sobre distintos principios de justificación que un determinado contexto invoca. Haciendo una lectura abierta que nos permita pensar de manera inductiva, es decir, desde el caso hacia las operaciones, los regímenes de justificación nos permitirán aprehender el modo en que esa lucha a través de los principios de

⁵ Que el autor denomina “ciudades”, para vincularlos con la filosofía política clásica “que se ponen como meta la posibilidad de diseñar un orden legítimo que repose sobre un principio de justicia” (2017, p. 180).

percepción y apreciación se concretiza a partir de determinadas operaciones de ordenamiento del mundo.

2. CONSTRUCCIÓN DE LA MUESTRA

Tal como adelantamos al inicio, en una nota al pie, este artículo es parte de una tesis de grado que versa sobre la adhesión política a Cambiemos por parte de la clase media. En esa investigación, rechazamos el modo en que se entiende la clase media desde las sociologías cuantitativas de la estratificación social. Por el contrario, para nosotros clase media es una categoría *émica*, es decir, significativa para el agente que la usa. El colectivo émico clase media no necesariamente comparte un mismo nivel socioeconómico, sino que debe su unidad se debe, parafraseando a Goodman (1990), a una misma manera de hacer mundos, una misma labor de *worldmaking*.

Para construir a este grupo y poderlo entrevistar debíamos cercarlo a partir de un conjunto de variables que, sobre el *continuum* que es la sociedad, recortasen el grupo. En primer lugar, el voto de la persona por Cambiemos en las últimas elecciones de 2015 o de 2017 nos aseguró una adhesión efectiva al partido, pasada o presente. Esta primera condición fue complementada por otras variables que afinaron el criterio de selección en función de nuestras hipótesis de trabajo. ¿De qué modo? Procuramos seleccionar para nuestras entrevistas a adultos, mayores de 40 años de edad y integrantes de la población económicamente activa. Diferentes encuestas han señalado que a cuanto mayor edad del grupo poblacional y nivel socioeconómico, mayor es el nivel de simpatía por Cambiemos y antipatía por el gobierno anterior, y viceversa⁶. Pero además de ese *insight*, nuestra intuición indicaba que, a mayor edad e ingreso, tendríamos mayores posibilidades de hallar en los entrevistados una extensa trayectoria laboral, terreno fértil para la *cultura del trabajo*.

⁶ Ver, por ejemplo, las versiones de la Encuesta mensual de Satisfacción Política y Opinión Pública de la Universidad de San Andrés durante los años 2017 y 2018.

3. EL CAPITAL ECONÓMICO Y EL CAPITAL SIMBÓLICO

Contra las teorías de lo que entiende como el extremismo objetivista y el extremismo subjetivista, para Bourdieu todo grupo que tenga existencia social es producto, entre otras cosas, de un doble movimiento:

1. de unas determinadas propiedades materiales o instrumentos de producción material (pasibles de ser capturadas por la estadística) que son-
2. *reconocidas* como atributos, estatus, crédito o prestigio innatos de su portador (y por lo tanto, productos de percepción y apreciación de esas propiedades).

Podríamos decir, entonces, que los grupos sociales de alguna manera existen dos veces: primero como distribución de propiedades materiales y, luego, como clasificaciones basadas en un reconocimiento de esas distribuciones en tanto inherentes al mundo, naturalizadas. En terminología propiamente bourdieana, lo que se trata de decir es que todo capital económico (propiedad material) se transmuta en capital simbólico (reconocimiento) en cuanto es representado y valorado socialmente.

Como señala el autor en *¿Qué significa hablar?* (1985), la fuerza de esta representación que es el capital simbólico implica una labor de creación del mundo social. Esa fuerza de representación involucra operaciones cognitivas de conocimiento y reconocimiento, de percepción y apreciación, de visión y división. Esta labor se materializa en una serie de operaciones de clasificación que organizan lo real, en tanto que lo real también es lo representado.

Para el asunto que nos interesa trabajar en este artículo, esta operación por la cual una diferencia de hecho (material) se convierte en una diferencia de derecho (reconocida y apreciada) atañe también a lo que sucede con la *cultura del trabajo* en el caso de los votantes de clase media de Cambiemos. A través de ella podremos observar el modo en que “cualquier diferencia que sea reconocida, aceptada como legítima, funciona por el

mismísimo hecho como un capital simbólico proveyendo una prueba de distinción” (2013, p. 298)⁷.

Si bien no es nuestro principal interés, para dar cuenta de las condiciones objetivas, propias del capital económico, que nos sirvieron para encuadrar la investigación, es necesario volver momentáneamente al anterior apartado, el de las variables a partir de las cuales construimos nuestra muestra de investigación. Decíamos que nuestros entrevistados fueron seleccionados no sólo en base a su voto por Cambiemos, sino también, por un lado, de acuerdo a una trayectoria laboral. Esta trayectoria laboral debía continuar hasta el presente, indicando su pertenencia a la población económicamente activa del país. Por otro lado, en cuanto a su nivel económico, cada uno de los entrevistados debía contar con un capital económico que mi sentido práctico consideró holgado o, por lo menos, alejado de los sectores populares. Cuando, por ejemplo, el nivel de ingresos no era explicitado por el entrevistado (en algunas ocasiones esto sucedió voluntariamente), para asegurarnos que pertenecía a nuestro público de interés nos orientamos por el salario promedio de la profesión que ocupaba, el tipo de hogar y el valor inmobiliario de la zona en la que reside, el empleo de sus padres o de sus parejas e incluso algunos consumos culturales, como los viajes al exterior por vacaciones.

La hipótesis que gobierna estas decisiones metodológicas es que estas formas del capital económico, que colocan a los votantes de Cambiemos de clase media en una posición de privilegio, asimetría o por lo menos de distancia frente a los sectores populares y/o precarizados, se harían presentes en las entrevistas al momento en que los entrevistados tuvieran que dar cuenta de su adhesión a Cambiemos como partido de *nueva derecha*. Sin embargo, no se harían presentes bajo cualquier forma, sino que lo harían bajo las lógicas del capital simbólico, es decir, operaciones cognitivas de visión y división, de conocimiento y reconocimiento, de percepción y apreciación en las que el mundo socialmente construido se presentaría como su opuesto: natural, cristalizado.

⁷ Original en inglés: “Any difference that is recognized, accepted as legitimate, functions by that very fact as a symbolic capital providing a profit of distinction”. [Traducción propia]

4. LA CULTURA DEL TRABAJO COMO CAPITAL SIMBÓLICO

Para nuestros entrevistados, el trabajo, el “trabajar para ganarse el pan”, el “levantarse a laburar” es algo que los identifica como grupo en un sentido profundo. El trabajo como dignidad viene aquí a cumplir una suerte de fundamento del buen ciudadano. A nuestros entrevistados la *cultura del trabajo*, como la llamaremos, les permite reconocerse a sí mismos como miembros de una comunidad moral más amplia integrada por “los que nos levantamos temprano todos los días” o la de aquellos a los que “nadie les regaló nada”. Esa comunidad se encuentra organizada alrededor de valores como la dignidad, el esfuerzo y el mérito, que cumplen el rol de polos identificatorios a los cuales el grupo adhiere. A esta comunidad no sólo pertenecen los entrevistados, sino que también incluyen a su familia directa, principalmente cuando relatan la historia de sus padres. Prueba de ello es la inclinación natural a expresar su propia vida bajo estas claves.

Nuestro cuestionario-guía en la investigación estaba diseñado para comenzar por lo que se conoce como preguntas *grandtour* (Guber, 2004), es decir, preguntas de apertura que interrogan sobre grandes ámbitos, situaciones o períodos de la vida de la persona, apuntando a obtener en sus propias palabras una descripción biográfica de sí mismos. Sin embargo, sin dirección de nuestra parte, los mismos entrevistados comenzaban, paulatinamente, hacia un relato en el que tanto su historia como la de su familia aparecían marcadas por el esfuerzo realizado a lo largo de su vida, como si fueran las “credenciales” de pertenencia a un club.

Siempre salí adelante trabajando. La verdad que trabajo desde que tengo, no sé, 14 años. A los 15 años abrí mi primer negocio. Mis viejos me ayudaron, ellos tenían una fábrica y adelante yo puse el negocio, y siempre laburé.

Mi viejo empezó a trabajar a los 13 años porque su familia se cagaba de hambre. Su hermana por lo menos terminó el secundario y trabajaba también. Y mi tío, que es el más chico, pudo hacer una carrera universitaria, con un montón de sacrificio. Era una familia que no es que dormían en la calle ni nada pero eran tipo clase obrera-trabajadora.

Para los entrevistados, la *prueba* de ese esfuerzo es tener un empleo remunerado en el sector privado⁸ que, en sus palabras, les dio la posibilidad de “tener sus cositas” y llevar una vida “normal, de clase media”. Sin embargo, el estatus de la comunidad a la que sentían pertenecer estaba fundada en un hecho que, por lo que respecta a la sociedad argentina, le atañe al 60% de la población argentina. Podríamos decir, se “levanta a trabajar”, en tanto ese 60% indica el porcentaje de la población económicamente activa (Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación, 2018). La población inactiva se explica por amas de casa, jóvenes y jubilados. Pero estos datos cuantitativos en nada afectan a la identidad que se teje alrededor de la *cultura del trabajo*. Aún si los entrevistados supieran de estos datos que relativizan la excepcionalidad de “levantarse temprano a laburar”, ellos continuarían orgullosos del sacrificio con el que pudieron sacar adelante sus vidas que, por otro lado, en repetidas ocasiones aparecen signadas por situaciones de inserción laboral temprana o de permanencia en un puesto de trabajo durante muchos años.

A tal punto la *cultura del trabajo* funciona como un estatus, un prestigio, un crédito para la clase media cambiamista que en ocasiones la relación laboral aparece como un espacio al que tenerle lealtad, incluso frente a adversidades como la rebaja de sueldo o la falta de aumentos salariales. Este capital simbólico del trabajo y el sacrificio se ve robustecido cuando se presenta bajo la forma de penurias que, pese a lo que uno podría denunciar como precarización laboral, a los entrevistados les reporta cierta dosis de orgullo haberlas sobrellevado. Estas adversidades refuerzan la dignidad del sacrificio, lo tornan más genuino. ¿Por qué? Porque a ellos “nadie les regaló nada”. Representarse a sí mismos como personas que se han “ganado la vida laburando” los llena de orgullo y plenitud, es decir, de *reconocimiento*.

La condición necesaria para que esta transmutación de un capital económico en un capital simbólico pueda existir y reproducirse, es que sea reconocido como encontrando

⁸ Entre las áreas laborales a las que pertenecen nuestros entrevistados podemos encontrar profesionales de la salud, administrativas del sector textil, amas de casa, gerentes corporativos de segundo orden, ingenieras en sistemas, propietaria de despensa, contadores públicos, profesoras universitarias, entre otros.

fundamento en la “naturaleza” del mundo social, encontrando validación en las cosas mismas cuando son *taken for granted*, como dice Goffman, encontrando fundamento en tanto están “sedimentadas en el lenguaje, un comportamiento, modos, un estilo de vida, o incluso en cosas” (2013, p. 298)⁹. Es decir, la arbitrariedad de la *cultura del trabajo* como mundo propio de sentido, mundo propio en el que se incluyen los votantes de Cambiemos, pasa desapercibida en tanto para los entrevistados está inscrita en el orden natural de las cosas, en las cosas que *son así*.

Ahora bien, la lectura que hemos desarrollado hasta el momento es la del capital simbólico en tanto forma del reconocimiento, una determinada imagen de sí que el grupo construye para percibirse y ser percibido. Sin embargo, no hemos abierto la segunda lectura, la del capital simbólico en tanto frontera que nos llevará hacia las formas del odio y el menosprecio. Nos referimos al hecho de que toda construcción de mundos para sí involucra también a los otros en tanto que Otros, Otros a los que se conoce y reconoce a través de los mismos esquemas de percepción y apreciación *en tanto que* distintos, en tanto Otros de los cuales se busca la distinción que le dará valor al propio grupo de pertenencia. En términos de Bourdieu, toda clasificación del mundo implica una lucha por el capital simbólico en disputa, es decir, por el principio de visión y división legítimo del mundo social. Si la comunidad simbólica de la *cultura del esfuerzo* alcanzó tanta fuerza es porque en el origen de la *cultura del esfuerzo* hay un hecho arbitrario de clasificación del mundo por medio del cual un determinado grupo se constituye, se valoriza a sí mismo pero, además, se impone a los otros al interior de una lucha política (1982). Por esto es que, para el sociólogo francés, capital simbólico y lucha política son cuestiones indisociables, casi sinónimos.

⁹ Original en inglés: “Every recognition is misrecognition: every type of authority, and not only that which imposes itself through commands, but that which is wielded without having to be wielded, that which is said to be natural and which is sedimented in language, a demeanor, manners, a lifestyle, or even in things (scepters and crowns, ermines and gowns in another time, luxury cars and lavish offices nowadays), rests on a form of primeval belief, more profound and more ineradicable than what we ordinarily convey by that word”.

La lucha política es una lucha cognitiva por el poder de imponer la visión legítima del mundo social, o, más precisamente, por el reconocimiento, acumulado en forma de capital simbólico de notoriedad y respetabilidad, que confiere autoridad para imponer el conocimiento legítimo del sentido del mundo social, su significado actual y la dirección en la que va y debe ir (1999, p. 244).

Entonces, sólo nos resta hacernos la pregunta por el *modo* en que esta lucha es llevada a cabo. ¿De qué manera el mundo organizado alrededor de la *cultura del trabajo* se impuso a los Otros? ¿A través de qué estrategias? ¿Qué imagen se construyó del Otro en tanto otro, en tanto diferente, en tanto distinto? ¿Mediante qué recursos?

5. EL RECHAZADO A LOS PLANES SOCIALES

En nuestro cuestionario-guía, la etapa siguiente al *grandtour* biográfico estaba estructurada alrededor de los motivos por lo cuales esa persona había votado a Cambiemos (*¿Qué te llevó a votar a Cambiemos?*)¹⁰. Esta etapa, pensada desde nuestra hipótesis, pretendió ser un modo de compaginar la biografía de la persona con una elección política. Sin embargo, en la práctica y con el correr de las entrevistas nos dimos cuenta que sus interrogantes nunca llegaban a enunciarse. Esto se debió a que los propios entrevistados, posiblemente inducidos por la situación de entrevista de temática política, comenzaban a responderla por *motus proprio*. De alguna manera, se sentían inclinados a abandonar velozmente el momento *grandtour* para precipitarse hacia los motivos por los cuales se les solicitaba un encuentro. En todo caso, cuando respondían a las razones para votar a Cambiemos, sea por mi pregunta o por *motus proprio*, lo hacían mediante un giro particular que no prevé al momento de preparar el cuestionario-guía. Los motivos por los cuales la mayoría de los entrevistados adherían a Cambiemos estaban más allá de Cambiemos. Las razones, según ellos, estaban en el gobierno anterior, el kirchnerismo. Por decirlo de una manera, se declaraban más anti-

¹⁰ Vale aclarar que estamos por demás advertidos de que las razones que el entrevistado esgrima a favor o en contra de una elección política *no son* las razones que la ciencia social debe reconstruir. Sin excluirlas como parte del objeto de estudio pues, la realidad social también es un producto de las representaciones que se hacen de él, lejos estamos de tomar la sociología espontánea de los entrevistados por la verdad del problema de investigación.

kirchneristas que pro-Cambiemos, como si les costase, por alguna razón, declarar un vínculo positivo por un partido político.

En esta lógica, uno de los puntos de mayor desacuerdo con el gobierno anterior expresados fue el de los planes de asistencia social¹¹. El rechazo a los planes sociales instauro, en contraste con el estatus que se dan a sí mismos, un polo de identificación negativa caracterizado por el rol del Estado en tanto dador de “beneficios gratuitos” a los “ñoquis” y a los “vagos”, es decir, personas cuyo sustento económico dependería (o está integrado en parte) por políticas de protección social. Al encarnar un modo de vida que se encuentra en las antípodas de la *cultura del trabajo*, posición que asume a partir de ser tomado desde un determinado principio de visión y división del mundo, es que este grupo de personas representa un antagonismo y, por lo tanto, un rechazo. ¿Pero de qué forma organizan los entrevistados esta frontera que se construye como identificación de carga negativa? Amparados en un esquema a partir del cual se adjudican un poder cuasi-directo sobre los destinos de las arcas públicas, tal como si fueran pequeños prestamistas, los entrevistados sienten aversión por los planes sociales del kirchnerismo tanto que esas políticas públicas fueron realizadas con sus propios aportes impositivos.

Hay que ir encontrando la manera de cortar los subsidios, de a los que tienen subsidios irle encontrando un trabajo, de hacer algo. Que vayan a pintar una escuela, que vayan a barrer una plaza, pero que tengan una ocupación para ganar el subsidio. Ese subsidio te lo voy a dar, pero te voy a dar un trabajo para que tengas ese subsidio. Yo te voy a dar el subsidio pero es un sueldo, porque trabajás, porque hacés algo. Es con el sacrificio que se gana el dinero.

-Ese pensamiento no lo cambia un gobierno.

-Porque después se quejan, tipo van a manifestarse porque les sacan los planes. No te están sacando el plan, te cambiaron la condición que tenés que laburar

¹¹ Para un análisis institucional de los principales programas de asistencia social del kirchnerismo ver Díaz Langou, G., Potenza Dal Masetto, F. y Forteza, P. (2010).

para tenerlos. ¿Qué más querés que tener el laburo para tenerlo? Es un sueldo, no es un plan.

-Claro, no es gratuito, tiene que tener una.

-Algo tienen que hacer.

Se puede ver en las citas extraídas que hay algo así como una moral del contribuyente que fundamenta y motoriza el rechazo. Esta relación podría describirse como aquella en la que los reclamos al Estado no se realizan a través de los canales institucionales, sino más bien en la forma de una atención directa que se espera de él, tal como si fuera un testafierro del dinero tributario o una empresa de servicios personalizados. Todos los entrevistados tienen una relación personificada con el Estado: si el Estado lo gasta, son ellos los que gastan, aunque la decisión no haya partido de ellos sino del partido de gobierno. A veces con seguridad, otras con titubeos, pero siempre expresamente se adjudican cierto poder cuasi-directo sobre las arcas públicas.

Además, esta moral del contribuyente no sólo opera como un rechazo a los planes sociales, sino también, de forma reelaborada, a toda forma de gasto público. Como decíamos anteriormente, sólo enfocándonos en la recepción es posible pensar que los sujetos no realizan una reproducción lisa y llana del discurso oficial, sino que también pueden reelaborarla y/o transformarla en otras direcciones, nuevas desde el punto de vista del discurso pero operantes desde el punto de vista de los sujetos. Es por eso que encontramos que el rechazo a los planes sociales se extiende a aspectos de la vida social que nada tienen que ver con él, pero que aún así *hacen sentido* para los entrevistados.

Cuánta gente presa, ¿no? Yo le decía a un hombre de acá: Usted que es empresario, ¿por qué no hace al lado de la empresa de donde usted trabaja una cárcel privada? Esa gente que está en la cárcel: hacé un túnel y que te crucen a tu fábrica y te trabajen y tengan su sueldo. No que ellos vivan de nosotros, porque nosotros tenemos que bancar a esa gente que está presa.

¿Por qué nosotros bancamos a la gente que está presa?

Y si es el Estado, ¿de dónde saca? De los impuestos, de lo que uno paga. Es lo mismo que la Asignación Familiar. Le estamos dando una plata al pepe.

Posiblemente, el rechazo reiterado a los planes sociales se deba a que, para los entrevistados, representa algo así como el epifenómeno por excelencia de la utilización del dinero público, de “mis impuestos”¹². Si jugamos un poco con la metáfora de los pequeños prestamistas que usamos más arriba podríamos preguntarnos lo siguiente: ¿Un prestamista presta sin interés, sin recibir nada a cambio? La respuesta es, claramente, negativa. En este sentido, una de las formas en las que se organiza el rechazo a los planes sociales y, por extensión, al gasto público del kirchnerismo, es el de la representación de los planes sociales como “regalos”, dádivas “gratuitas” que no hallan ninguna clase de contraprestación por parte de los receptores. Esa es la diferencia entre el don desinteresado y la deuda asumida, diría Marcel Mauss. Como dice una entrevistada, “yo pago todo y por ende puedo exigir”.

6. LA LUCHA COGNITIVA COMO LUCHA POLÍTICA

Con lo dicho hasta ahora, se vuelve, por lo menos, *razonable* que los planes sociales, como epifenómenos de uso del dinero público, se encuentren en las antípodas de la *cultura del trabajo* (esfuerzo, mérito, autonomía) en tanto no implican ninguna clase de devolución, material o simbólica, por parte de aquel que los recibe. Esta razonabilidad de la *cultura del trabajo* es justamente el efecto que persigue toda lucha política a través de las luchas cognitivas: el de imponer un principio de visión y división, es decir, volverlo reconocido y válido de aplicarse a todos, principio legítimo de conocimiento y reconocimiento del mundo social. Cuando una entrevistada nos dice “yo te voy a dar el subsidio pero es un sueldo [porque] es con el sacrificio que se gana el dinero” lo que está poniendo en juego es la fuerza de representación de la comunidad moral. Con esa afirmación, refuerza las *fronteras* del mundo a través de la insistencia en la clasificación: subsidio = “mi plata” = no gratis = obligaciones. Si a esta frontera la interpretamos dentro de la teoría de Bourdieu, esto es, en tanto la manipulación de las definiciones

¹² Aunque no es nuestro tema de interés, no deberíamos subestimar, en este aspecto, el rol que podría tener la agenda mediática.

legítimas del mundo social que “hacen y deshacen los grupos” (1985, p. 88), tanto el propio como el ajeno, estaremos en condiciones de pensar a la *cultura del esfuerzo* como una frontera entre lo que los votantes de Cambiemos son y no son, lo que aceptan y aprecian frente a lo que rechazan y menosprecian, rechazo y menosprecio que comienza a operar a través de un específico régimen de justificación.

En línea con valores de la *cultura del trabajo*, el principio de equivalencia, tal como lo entiende Boltansky (2017), sobre el que reposa sobre la ética del sacrificio, es lo que dignifica todo estilo de vida. Tal como su nombre lo indica, el principio de equivalencia consiste en establecer, como parte de la lucha política, una unidad de medida que permita evaluar todas las acciones, hechos y personas al interior de un régimen de justificación. Esto nos permitirá comenzar a asir el modo en que la naturalización del mundo social se concretiza a partir de una gramática de ordenamiento. En este sentido es que con la vara de la *cultura del trabajo* se miden todos los modos de existencia. Aquellas acciones, hechos y personas que no estén fundadas en la *cultura del trabajo* son rechazadas o desacreditadas, son *ilegítimas*, en tanto alejadas del principio de equivalencia. “Si no sos como yo, es decir, sacrificado, esforzado, trabajador, entonces sos un vago, un holgazán que vive a costa mía”, podría decir, jugando a imitar su voz, cualquier integrante de esta comunidad moral a la que nos referimos. Si la *cultura del trabajo* se organiza alrededor de valores como el esfuerzo, la dignidad, la voluntad y el mérito, serán estos valores sobre los que regirá una forma específica del llamado al orden.

El reconocimiento de los que se involucran la *cultura del trabajo* a partir de “romperse el culo laburando”, es decir, la carga de valoración positiva que comporta ser parte de la población económicamente activa sin dependencia de políticas públicas de protección social por parte del Estado, se vuelve “un valor en sí, o mejor dicho un estado de grandeza específico” (2017, p. 190), un atributo deseable en relación a este principio de equivalencia y, al mismo tiempo, la organización de una definición negativa de aquellos ausentes de grandeza. La dependencia económica del Estado es *anti-natural*, si pensamos en simultáneo al principio de equivalencia de Boltansky con el capital simbólico de Bourdieu. Siguiendo esta huella de este relato en el cual los entrevistados

se comportan como pequeños banqueros del Estado que jamás prestarían dinero de forma gratuita, lo que desencadena la indignación de ellos es el hecho de que su dinero sea utilizado para políticas públicas que distan de fomentar la *cultura del trabajo*, y por lo tanto encarnan acciones que revelan de mejor modo la carencia de grandeza de esas personas, tal como ellos la entienden.

De un lado habrá personas consagradas que, toda su vida, será consagradas como tales, no importa en qué se conviertan [...] Del otro lado de la línea, apenas por medio punto, las personas serán rechazadas en las tinieblas exteriores según cortes que se asemejan –a menudo empleamos esta metáfora– al juicio final, con una suerte de violencia del corte entre los elegidos y los excluidos. Esta operación de distinción, de corte, de definición, de limitación es de cierto modo la operación social por excelencia que debe, para funcionar socialmente, hacerse olvidar como arbitraria. (Bourdieu, 1982)

En la misma dirección que la anterior cita de una entrevistada, Margarita Barrientos, reconocida aliada de Cambiemos a nivel territorial en Villa Soldati¹³, declaró en televisión: “Yo no he visto a ningún piquetero que haya perdido trabajo”. Con las herramientas que tenemos, podemos reconocer que ya no se trata, o no solamente, de una simple crítica social. Es más bien una constatación del orden del mundo social, que Margarita comparte con nuestros entrevistados. La frontera que inscribe una visión y una división del mundo, con una específica distribución de valores y grandezas, se inscribe en la naturaleza del mundo social, en el *es así*. ¿En qué sentido? En que nunca va a ver a ningún “piquetero” reclamando por “trabajo”, y esto se debe a que la definición misma que Margarita tiene de “piquetero” excluye esa posibilidad. Sencillamente, si pidiera “trabajo”, dejaría de ser “piquetero”. Ser “piquetero” es una condición de vida que no admite conversiones. Cada acción, hecho y persona que esta marca del “piquetero” estará en el polo negativo del principio de equivalencia, sobre el cual recae el odio.

¹³ Ver Álvarez, L. (2017).

7. EL RÉGIMEN DE JUSTIFICACIÓN DEL ODIO

Si la *cultura del trabajo* es un capital simbólico, es decir, capital de reconocimiento que instituye fronteras entre grupos a partir de un principio de equivalencia, todo lo que refiera a las políticas públicas de protección social es vivido por los entrevistados como un *desconocimiento* (deshonor, menosprecio, agravio) del grupo al que pertenecen. Al aparecer otro lenguaje, otro comportamiento, otros modos, otro estilo de vida que el partido de gobierno anterior decidió estimar como digno de existencia¹⁴, consideramos que nuestros entrevistados viven subjetivamente su relación con ese Otro como un desconocimiento de sí mismos que se les impone. La existencia de un Otro públicamente legitimado por el Estado denuncia implícitamente la arbitrariedad de la labor de *worldmaking* de la comunidad organizada alrededor de las premisas morales de la *cultura del esfuerzo*, la artificialidad del mundo de sentidos que instituyeron como propio. La presencia del Otro es vivida como una afrenta, un desafío, un ataque que socava la legitimidad del grupo de pertenencia pues deja en evidencia que toda aquella naturalización del mundo, esa cristalización de lo social, inherente al capital simbólico tal como lo desarrolla Bourdieu, es nada más que una arbitrariedad impuesta por un grupo en el marco de una lucha política.

Pero ¿cuáles son las justificaciones con las que los entrevistados responden a esta afrenta? ¿Qué construcción hacen de lo que está al otro lado de la *frontera* para reordenar el campo de lucha? Sabemos que el principio de equivalencia para este régimen de justificación es aquel que está fundado en los valores de la *cultura del trabajo*. Todos los actores pertinentes son medidos con la misma vara, y la distribución de valores se realiza por y a través de esa vara. Cualquier otro modo de posicionarse frente al mundo que no esté ajustado a esos valores *merece* ser condenado. La defensa del grupo, en tanto necesidad de volver a poner las cosas en orden, en volverlas a clasificar, se expresa, en este caso, bajo las formas afectivas del odio y la estigmatización. El odio, la estigmatización, la demonización, el aborrecimiento del otro operado bajo los principios de percepción y apreciación que el grupo considera legítimos

¹⁴ Aspecto que, por otro lado, es recurrente en la historia del peronismo.

pues va en ellos la existencia del grupo, es la forma que encuentra el propio grupo de reponer (es decir, volver a poner) las fronteras. Lo cual nos lleva a pensar que, cuanto más peligren esas fronteras, más carga afectiva de odio llevarán los refuerzos.

Propio de esta tendencia hacia la exacerbación comienza cuando atendemos la *justificación de las asimetrías económicas y sociales a partir de una individualización de la culpa* con la cual los entrevistados representan al Otro. Este orden lo consiguen a través de la naturalización o fetichización de ambos lados de la *frontera*, otorgándole, por decirlo de alguna manera, una justificación cuasi-ontológica al odio.

-Entonces, dale un laburo, dale una cuestión de dignidad que les permita salir adelante. Laburo hay. A ver, yo igual también creo que hay gente que quiere mover y gente que le gusta vivir así.

-Sí. Hay gente que no quiere salir de donde está. Está cómoda.

-Hay gente que no puede, pero mucha gente que no quiere.

¿Qué hizo, que está metido ahí [en una villa desocupada], en el medio de la...?, le digo. Si usted tiene una profesión, le puede ir bien en cualquier lado. ¿Sabe por qué habrá sido?, le digo. Porque quizás usted es un irresponsable en el trabajo. Por ahí los lunes no iba a trabajar, los días de lluvia no iba a trabajar. Si la culpa es tuya porque vos estás así. ¿Si yo soy un empresario vos te pensás que voy a contratar a esa gente, sabiendo que me va a fallar? Si un empresario tiene algo es para ellos seguir haciendo y que les vaya bien, no para atrás. Por ahí usted no le sirvió como persona. Vos tenés una falla en algo.

La individualización de la culpa, propia, por otro lado, de nuestros regímenes penales y, en mayor escala, de las sociedades contemporáneas occidentales, podría describirse como el borramiento de las condiciones sociales y económicas de existencia. Esto se ve complementado por un resurgimiento de una concepción aséptica de la evaluación del mundo que se le adjudica a los receptores de los planes sociales, concepción propia del individuo racional y guiado por las utilidades que le reportan sus acciones. A partir de esta ausencia el individuo deviene el centro autónomo de decisiones y voluntades. Se

pone el acento sobre las acciones de las personas, sea en contextos de bonanza pero también en situaciones de despojo y escasez, en lugar de orientar las explicaciones en otra clase de fuerzas como la sociedad, Dios, el destino o cualquier otra. A través de la individualización de la responsabilidad, lo que se expresa es el propio principio de equivalencia. Esto no es extraño en tanto de nuestro desarrollo se deduce que todo sujeto se comporta de manera sociocéntrica, es decir, evaluando el mundo con la única unidad de medida con la que cuenta: la propia, en la que la crítica al mundo propio queda excluida como posibilidad.

Ninguna de las relaciones elemental que gobiernan los regímenes de justificación identificados por Boltansky en su texto se condicen con la de la *cultura del trabajo*. No es la de solidaridad, la del reconocimiento, la de la confianza o la de los lazos funcionales, por nombrar algunas. Más bien diremos aquí que la relación elemental de este régimen de justificación es la autonomía. La relación entre los valorados y los menospreciados, entre los odiados y los estigmatizados, se calcula en relación a la autonomía, y puntualmente respecto a la independencia del Estado. A través de la autonomía como relación elemental, el orden del mundo es sentenciado, naturalizado, y todo lo que no se ajuste a ella encuentra su razón de ser en un motivo extra-social que anula toda posibilidad de cuestionamiento del régimen de justificación. En nuestro caso de estudio, ese fundamento extra-social es el individuo, el individuo aislado, el único responsable de cualquier malestar que pueda expresar. El círculo se refuerza a sí mismo, pues cuanto más se juzga que una persona es responsable de su propia situación, más se la odia.

8. CONCLUSIONES

En nuestro desarrollo, hemos visto que lo que comenzó bajo la forma de un capital simbólico de reconocimiento también puede ser leído como una *frontera* que organiza, a través de la lucha cognitiva, una lucha política operada a través de un régimen de justificación. Sin embargo, aquí en las conclusiones, quisiéramos dejar abierta una puerta de investigación para profundizar en estas cuestiones. Lo que sucede es que esa carga afectiva admite una lectura que no se limita a la teoría de Bourdieu o Boltansky. Consideramos, más bien, que involucra dimensiones propias de la subjetividad y de la

forma en que ella internaliza el sentido social, que solicitan un enfoque psicoanalítico. Este enfoque nos permitirá explicar qué es lo que se encuentra motorizando las formas del odio.

Por mencionar un posible abordaje, el filósofo y psicoanalista griego Cornelius Castoriadis en *Las raíces psíquicas y sociales del odio* (1997) señala que es algo propio de la naturaleza de toda psique y, por extensión, de toda sociedad, tender hacia la *clausura* como respuesta de la matriz subjetiva del sentido cuando se enfrenta con un Otro. Según el autor, las reacciones frente a un encuentro con el otro son, fundamentalmente, tres:

(1) Ellos son superiores a Nosotros.

(2) Ellos son iguales a Nosotros.

(3) Ellos son inferiores a Nosotros.

Las dos primeras opciones, tanto a nivel subjetivo como social, son imposibles. Es decir, ningún grupo social se suicida (socialmente) a sí mismo. Ser inferior o igual es algo incompatible con la matriz fundamental de la psique organizada alrededor del principio de placer. Si el proceso de socialización es aquel mediante el cual la psique abandona su forma originaria en la que es puro placer, es decir, renuncia a parte de sí mismo investida afectivamente, lo hace sólo a condición de que la sociedad le ofrezca otros objetos de investidura. Esa escena de puro placer originario, que el autor llama mónada psíquica, continuará operando a lo largo de la vida del individuo como una resistencia a la sociedad, como una búsqueda del retorno hacia la completud, ahora imposible de realizar.

Las consecuencias de este postulado, que sólo podemos aquí mencionar brevemente, son claras. Si la resistencia a la sociedad y la búsqueda al retorno pueden leerse como operaciones tanto de la psique como de la sociedad, el odio y la estigmatización pierden su carácter singular o extraordinario. El rechazo al otro, sea bajo formas más o menos larvadas del odio, es una respuesta propia de la matriz subjetiva de sentido que toda psique socializada lleva consigo, en cuanto su objetivo es poner a resguardo la propia

existencia social, basada en el reconocimiento, que se ve amenazada por otro modo ser distinto al propio.

9. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abrevaya, S. (2018, 25 de noviembre). “La única manera es desarrollar un populismo de izquierda”. *Página/12*. Recuperado de <https://bit.ly/2YXpdic>

Álvarez, L. (2017). La elegida. Voluntariado y política. *Anfibia*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de San Martín. Recuperado de <https://bit.ly/2U5aLBc>

AA.VV. (2018, 11 de julio). Meritocracia y exclusión. *Página/12*. Recuperado de <https://bit.ly/2G5F4nA>

Boltansky, L. (2017). Un nuevo régimen de justificación: la ciudad por proyecto. *Entramados y Perspectivas. Revista de la Carrera de Sociología*. Vol. 7 núm. 7, pp. 179-209. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Ediciones Akal.

Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones pascalianas*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (2013). Symbolic capital and social classes. *Journal of Classical Sociology*. Vol. 13, pp. 292–302. Berkeley: University of California.

Bordieu, P. (2015). Curso del 2 de junio de 1982. *Sociologie générale*. Vol. 1. Raison d’agir/Seuil: Francia. [Traducción no oficial realizada con fines exclusivamente pedagógicos en el marco del Seminario de Diseño Gráfico y Publicitario, cátedra ex Savransky, Curso de Verano. Carrera de Ciencias de la comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, UBA].

Canal Nicolás Lichtmaier (2017, 1 de abril). “Marcha 1A en apoyo al gobierno de Macri” [Archivo de video]. Recuperado de <https://bit.ly/2T0g6KM>

Canal Primereando TV (2017, 3 de abril). “Lo que no te contaron de la marcha #1A” [Archivo de video]. Recuperado de <https://bit.ly/2AVqv3f>

Goodman, N. (1990). *Maneras de hacer mundos*. Madrid: Visor.

Díaz Langou, G., Potenza Dal Masetto, F. y Forteza, P. (2010, julio). Los principales programas nacionales de protección social. Estudio sobre los efectos de las variables político-institucionales en la gestión. Documento de trabajo nº 45. CIPPEC. Recuperado de <https://bit.ly/2D2Ope6>

Gualavisi, M. y Oliveri, M. L. (2016, julio). Antigüedad en el Empleo y Rotación Laboral en América Latina. *Banco Interamericano de Desarrollo*. Nota técnica nº IDB-TN-1072. Recuperado de <https://bit.ly/2UBYGYG>

Guber, R. (2004). La entrevista antropológica: Introducción a la no directividad. *El salvaje metropolitano*, pp. 203-210. Buenos Aires: Paidós.

Universidad de San Andrés (2017 y 2018). *Encuesta mensual de Satisfacción Política y Opinión Pública*.

Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación (2018, febrero). Radiografía del Trabajo Argentino. Recuperado de <https://bit.ly/2uPv2Ax>

Natanson, J. (2014). "La nueva derecha en América Latina". *Le Monde Diplomatique*, n. 185, noviembre. Recuperado de <https://bit.ly/2yZR0TQ>

Viotti, N. (2018). ¿Qué era la corrección política? La derecha en la vida cotidiana. *Anfibia*. Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de San Martín. Recuperado de <https://bit.ly/2VrvVL7>

Vommaro, G. y Morresi, S. (2015). "Hagamos equipo". *PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones UNGS.